

LA CIUDAD DEL JAZMÍN

Elena Oliva Morales

Premio Pestana

LA CIUDAD DEL JAZMÍN

Salió de casa temprano, casi al alba, cuando las calles todavía no se habían despertado y las casas dormían su dulce sueño. Caminaba sola, escuchando el sonido de sus pasos al pisar el asfalto y el gorjeo de algunos pájaros madrugadores que recibían el día con júbilo; la mochila que en tantos otros viajes la había acompañado pesaba en sus hombros, enrojecidos por el roce, y desnudos ahora que vestía una holgada camiseta de tirantes; los huecos que habían dejado su ropa y sus libros de gramática árabe, los llenaban la incertidumbre y la ilusión. Túnez la esperaba al otro lado del mediterráneo ...

Una vista mediterránea fue lo primero que atisbó desde la ventanilla del avión cuando el piloto anunció con voz mecánica que estaban a punto de aterrizar en el aeropuerto tunecino de Cartago: el mar, de color turquesa, inmenso, precioso, punteado por las crestas de las olas que se arremolinaban juguetonas; un cielo azul y limpio, sin rastro de nubes ni tempestades; unas cuantas casas encaladas de un blanco impoluto, y una hilera de esbeltas palmeras que danzaban según la voluntad del viento. Estaba nuevamente en África. Sintió como si miles de mariposas revolotearan en su estómago y esbozó una sonrisa amplia, de esas que aparecen muy pocas veces, cuando se tiene la seguridad de estar cumpliendo un sueño.

Salió del aeropuerto decidida a encontrarse con ese Túnez que tantas veces había imaginado. Paró un taxi, y en un árabe inseguro le explicó al conductor que tenía que ir a la residencia de estudiantes ubicada en la señas que tenía manuscritas en una hoja arrugada de libreta cuadriculada. El hombre frunció el ceño y negó con la cabeza, no conocía la dirección ni el edificio que ella estaba buscando. Lo intentó con otros taxis varias veces, y el resultado continuó siendo negativo.

Así que allí estaba ella sola, lejos del centro, con su mochila a cuestas, un papel en la mano con unos datos que llegó a pensar que estaban equivocados, y un atisbo de inseguridad que empezaba a gestarse en su interior. Decidió probar una vez más y si no tenía suerte, utilizaría la cabina de teléfono que había en la entrada de la terminal para contactar con alguien de la residencia.

El que esperó que fuera el último y definitivo taxista a quien preguntar, paró el coche y bajó la ventanilla. Leyó la hoja arrugada y buscó durante unos minutos en el mapa que llevaba en la guantera; la calle debía de ser muy pequeña porque no aparecía por ningún sitio. Le hizo un gesto de que entrara, activó el taxímetro y le dijo que no se preocupara que acabarían encontrándola. La carretera por la que circulaban era larga y amplia, la vegetación que veía pasar rápidamente era arbustiva, y la luz se iba transformando con matices anaranjados y violetas,

avisando de la llegada inminente del crepúsculo. El hombre preguntó varias veces al llegar a las inmediaciones de "Bab Saadoun", una de las puertas de la medina; estaban cerca, pero nadie conocía la calle, así que sacó su móvil y le pidió a ella el teléfono de contacto. Tras hablar durante breves momentos por teléfono, dio tres giros de volante y finalmente llegaron al callejón donde estaba la residencia. En la pequeña puerta pintada de azul había escritas unas letras en francés que decían: "Residencia Rafia".

Se apeó del vehículo, pagó al conductor y se despidió con un "maa salama" y un "shukran". Entró por un pequeño pasillo que se abría a un patio rectangular donde daban las puertas de las diferentes habitaciones; el frescor del interior contrastaba con el calor húmedo del exterior. Dos chicos y una chica que charlaban en torno a una pequeña mesa la saludaron con una sonrisa. De las barandas del piso superior colgaban abandonadas algunas toallas de playa, y la estancia blanquiazul se refrescaba más si cabe con el verdor de las plantas que pendían del techo. La encargada le enseñó su cuarto, que daba al patio; la habitación era austera, pero suficiente: una pequeña cama con la estructura de madera de haya, un pequeño armario empotrado color celeste, dos estanterías, una silla, y una mesa de estudio vacías. Le llamó la atención cuatro azulejos combinados que formaban una imagen perfecta y colorida de "la mano de Fátima" junto a su puerta, enganchados en la blanca pared. "Perfecto" pensó, dormiré tranquila bajo la protección del "hamsa".

A la mañana siguiente tras desayunar brevemente y tomar una larga y tonificante ducha en los lavabos comunes que la ayudó a despertarse, se dirigió en taxi al centro de estudios que se encontraba a veinte minutos de la residencia, en el barrio de "Mutuelleville". Tras subir unas escaleras, la recibió amablemente el profesor y conoció a los que serían sus compañeros en la ardua pero fascinante batalla por conquistar la lengua árabe: un francés, dos italianas y una alemana. La primera clase fue de aproximación, leyeron un texto y conversaron acerca de sus vidas e intereses para que el hombre pudiera valorar el nivel que tenía cada uno. Cuando el momento del descanso llegó pasaron a la terraza donde la cocinera les esperaba con un delicioso té a la menta, aún humeante en la tetera. Era bastante anciana, delgada y pequeña, algo encorvada y de movimientos delicados; llevaba un delantal rojo anudado en la cintura y un pañuelo blanco atado detrás de la nuca, que dejaba ver el nacimiento de su blanco cabello en la frente; tenía los ojos pequeños y verdes, y una sonrisa tímida, a medias, que impedía ver con claridad su dentadura incompleta. Tras servir el té desde una altura considerable cogió un pequeño plato situado en el centro de la mesa y lentamente abrió las manos de todos ellos y empezó a repartirles, uno a uno, flores de jazmín que había recogido en el suelo del jardín. Las pequeñas flores tenían una fragancia deliciosa, casi

apetecible. El té, en cuya superficie flotaban piñones hinchados, esperaba espumoso y dorado en los vasitos pequeños decorados con motivos arabescos. El balcón estaba amurallado por enormes y frondosas buganvillas que conferían un ambiente de privacidad a la estancia.

Por la tarde decidió callejear por la medina antigua, así que después de degustar un delicioso "cous cous" al estilo tunecino junto a sus compañeros en un bar de la avenida "Habib Bourguiba", se despidió de ellos.

Si un color podía definir a la medina ese era el blanco. La luz que se proyectaba en algunas de las encaladas paredes, era cegadora, casi prohibitiva. Las calles se entretejían cual laberinto, y tras huir del zoco turístico pudo encontrar la paz y el silencio que buscaba con tan solo girar a la derecha. Pasó junto a la Gran Mezquita, sorteando tiendas de babuchas de vivos colores y caminó lentamente, observando la vida, en el refugio que proporcionaban las sombras: unos niños de tez morena y cabellos rizados estaban sentados en el alféizar interior de la ventana y dejaban caer lánguidamente sus pequeñas piernas entre los barrotes azules en un intento instintivo de buscar la brisa, casi imperceptible; algún chador blanco, tan deslumbrante como la cal de las paredes, se dejaba ver de vez en cuando al aventurarse por las intrincadas callejuelas y contrastaba con la vestimenta occidental de algunas jóvenes que dejaban al descubierto gran superficie de su piel bronceada; dos hombres de edad indefinible, ataviados con gafas y chilabas, apoyaban sus inseguros pasos en sus bastones, amigos inseparables, sin prisa por recorrer el camino, mientras un chico que rondaba la treintena, el cual caminaba a paso ligero, vestía a la última moda occidental y hablaba por el móvil en un francés perfecto; algunas puertas estaban abiertas, aunque el interior se le antojaba oscuro en contraste con la intensidad lumínica de afuera.; echó un vistazo a través de una de ellas y dos chicos la sonrieron y la invitaron a entrar. Era un taller de "shishas" donde se construían por piezas las pipas de agua, algunas, las más baratas y menos buenas, acabarían siendo presa de algún turista despistado que tras un salvaje regateo volvería a casa contando lo bien que había burlado las estrategias del vendedor y lo barato que le había salido el "souvenir". Quizás no se esperaban que ella aceptara la invitación porque se mostraron algo tímidos mientras ella les observaba trabajar. Permaneció allí un rato, intentando poner en práctica la teoría que había aprendido durante los tres años que llevaba enfrascada en el aprendizaje del idioma; le fue difícil entenderlos porque la lengua que se habla en la calle es diferente de la que se aprende en las aulas aunque derive directamente de ella; cada país árabe tiene su dialecto, que difieren entre si según la lejanía o la proximidad. Aquella visita pareció romper la rutina diaria del pequeño taller, y uno de ellos se esforzó en recuperar de la memoria el vocabulario de árabe estándar

que había aprendido en el colegio para poder hablar con ella. Eso la motivó a seguir hablando, pero al cabo de un rato, no quiso seguir entreteniéndolos pues estaban en horario laboral, así que se despidió de ellos y salió nuevamente al exterior.

El canto del almuédano, rítmico y dulce como una nana, llamada a la oración de las ocho, le hizo recordar que tenía que volver a la residencia porque los compañeros habían preparado una cena en el patio y la habían invitado, así que no quería llegar tarde. Volvió caminando por la calle del mercado local, en dirección a "Bab Saadoun", agradeciendo ahora el frescor de la brisa vespertina. Allí se ofrecía, se compraba y se vendía de todo: zapatos, ropa, verduras, fruta, carne, pan... Y jazmín: algunos vendedores transportaban pequeñas cestas de mimbre con collares de flores para las mujeres y pequeños ramilletes para los hombres, dejando tras de sí un halo perfumado que la brisa esparcía por doquier.

La divisó casi al final del mercado: una mujer de mediana edad, erguida y elegantemente vestida, llevaba un pañuelo blanco de puntilla que asomaba por debajo de otro a juego con el traje y unas gafas de sol modernas e impecables, y ofrecía sus perfumes a viva voz a todo aquel que pasaba junto a su tienda; cuando pasó frente a ella, sus miradas se cruzaron un instante, y ambas se sonrieron mutuamente, sin saber muy bien por qué.

Los días se iban desarrollando ágiles, se escurrían en el presente de su vida, llenos de cosas por hacer y de encuentros interesantes; por las mañanas iba a clase y cada tarde recorría uno a uno todos los rincones de la ciudad, que ya empezaba a hacerse suya; los fines de semana hacía alguna salida por los alrededores, como aquel día que fue en tren para visitar el pintoresco y bello pueblo de "Sidi Bou Saïd", con sus calles empedradas y sus casas blanquiazules, algunas de ellas ubicadas peligrosamente en los acantilados, asomadas al mar, tan azul como los marcos de las puertas y ventanas. Una noche de sábado fue con los compañeros de la residencia a un concierto integrado en el festival internacional de Cartago, que se realizaba en el anfiteatro romano; las gradas estaban a rebosar; gente de todas las edades, pero en su mayoría jóvenes, bailaban sin descanso al ritmo de la música y bajo las luces multicolores, en el reducido espacio libre que quedaba para moverse. Debido a su físico, de tez morena y ojos y cabello oscuros, más de una vez fue confundida con una local, deshecho el malentendido cuando ella respondía en árabe estándar. Una de sus amigas de la residencia, tunecina del sur que estaba estudiando medicina en la capital, le regaló un collar de jazmín que ella se colgó al cuello para captar todo el aroma, que guardó en su memoria olfativa.

Una tarde, al bajar del tren de vuelta del museo del Bardo, donde pudo contemplar maravillosos mosaicos romanos, se encontró a la mujer elegante, vendedora de perfumes del bazar, a quien saludaba casi todos los días. Hablaron durante largo

rato en árabe, y cerraron la conversación con la aceptación de una invitación a cenar a casa de la mujer, que no vivía lejos de allí. Fueron caminando, explicándose cosas de sus vidas. La mujer le contó que era argelina, aunque llevaba muchos años viviendo en Túnez; salió del país en los años 90, huyendo de la ola de extrema violencia que sacudía en esos momentos su amada tierra; tras trabajar duramente durante varios años, cuando pudo reunir unos ahorros, abrió la tienda de perfumes en el bazar, pues era viuda y tenía que mantenerse a ella misma y a su madre, que ya era anciana y estaba impedida.

Casi sin darse cuenta, llegaron al edificio donde vivía Rashida. Subieron por la estrecha y oscura escalera hasta el piso más alto, vigilando donde ponían los pies, pues los peldaños habían conocido mejores días.

Rashida sacó las llaves del bolso y la invitó a pasar a su hogar, no sin antes dejar los zapatos en la entrada para no pisar las limpias alfombras que cubrían el suelo. La madre de Rashida estaba sentada en una vieja butaca, tan anciana como ella, mirando por la ventana; siempre esperaba a su hija al caer la noche, cuando al mismo tiempo que se acababa el día, ponía fin a su soledad. Las paredes estaban forradas con un papel estampado y gastado, y unas fotos familiares amarilleadas con la cabilia argelina como fondo, mostraban a una Rashida niña, de la mano de sus padres y rodeada de otros niños que supuso eran sus hermanos. Mientras la cena se calentaba en la cocina, Rashida le hizo un "harqús", o tatuaje con henna y le regaló uno de sus perfumes predilectos: un botecito de agua de jazmín, para que no olvidara el olor de la ciudad que había acogido a ambas en situaciones tan dispares.

Aquella noche las tres mujeres, de tres generaciones distintas, compartieron una cena y algo más: el entendimiento por encima de cualquier frontera idiomática, étnica y religiosa. Las unía la humanidad.